

sentencia de castigo será más severa que la que recaerá sobre la vida de indiferencia y de desatino que reconozco en mí?

Conclusión.

Así escribía un sacerdote que había logrado examinar bien los pensamientos de su interior, y se había dado cuenta –decía– de que toda la maldad y perversidad interior del alma reside en estos cuatro pecados, que son las raíces de las que brotan los retoños de todos los pecados en que caemos.

La causa de todos estos pecados –seguía diciendo– es la pereza en pensar sobre cosas espirituales, pereza que ahoga el sentimiento mismo de la necesidad de tal reflexión. Un autor espiritual habla de ello de este modo:

«El amor crece por lo general con el conocimiento, y cuanto mayor sea la profundidad y extensión del conocimiento, más amor habrá, más fácilmente se ablandará el corazón y se abrirá al amor de Dios, a medida que contemple con diligencia toda la plenitud y belleza de la naturaleza divina y su ilimitado amor por los hombres».

Para superar este mal, debemos esforzarnos por iluminar nuestro espíritu por todos los medios en nuestro poder, mediante el estudio aplicado de la palabra de Dios, de la enseñanza de la Iglesia y de los Santos Padres, con la ayuda de la meditación y del consejo espiritual, y por la conversación de aquellos que son sabios en Cristo.

¡Ah, con cuántas desdichas nos tropezamos, sólo por culpa de nuestra desidia en buscar luz para nuestras almas en la Palabra de verdad! No estudiamos la ley de Dios día y noche, y no pedimos por ella con diligencia y sin cesar. Y a causa de esto, nuestro hombre interior, indigente, pasa hambre y frío, de tal modo que no tiene fuerzas para dar un paso resuelto hacia adelante en el camino de la virtud y de la salvación.

Así que tomemos la resolución de hacer uso de estos medios, y de llenar nuestras mentes lo más que podamos con pensamientos de cosas celestiales, y el amor, derramándose desde lo alto en nuestros corazones, se inflamará en nuestro interior. Al mismo tiempo, recemos tan a menudo como podamos, pues la oración es el medio capital y más poderoso para nuestra regeneración y felicidad eterna.

Si el amor a Dios se reconoce por la observancia de sus mandamientos, y yo no sólo no los guardo sino que incluso lo procuro poco, se concluye verdaderamente que no amo a Dios.

Confesión que conduce al hombre interior a la humildad

Volviendo la mirada atentamente sobre mí mismo, observando el curso de mi estado interior, he comprobado por experiencia que no amo a Dios, que no amo a mis semejantes, que no tengo fe, y que estoy lleno de orgullo y sensualidad. Todo esto lo descubro realmente en mí como resultado del examen minucioso de mis sentimientos y mi conducta, de este modo:

1º No amo a Dios.

Puesto que, si amase a Dios, estaría continuamente pensando en El con profundo gozo. Cada pensamiento de Dios me daría alegría y deleite. Por el contrario, pienso mucho más a menudo, y con mucho más anhelo, en las cosas terrenales, y el pensar en Dios me resulta fatigoso y árido.

Si amase a Dios, hablar con El en la oración sería mi alimento y mi deleite, y me llevaría a una ininterrumpida comunión con El. Pero, por el contrario, no sólo no encuentro deleite en la oración, sino que incluso representa un esfuerzo para mí. Lucho con desgano, me debilita la pereza, y estoy siempre dispuesto a ocuparme con afán en cualquier trivialidad, con tal de que acorte la oración y me aparte de ella. El tiempo se me va sin advertirlo en ocupaciones vanas, pero cuando estoy ocupado con Dios, cuando me pongo en su presencia, cada hora me parece un año.

Quien ama a otra persona, piensa en ella todo el día sin cesar, se la representa en la imaginación, se preocupa por ella, y en cualquier circunstancia sigue pensando en ella. Pero yo, a lo largo del día, apenas si reservo una hora para sumirme en meditación sobre Dios, para inflamar mi corazón con amor por El, mientras que entrego con ansia veintitrés horas como fervorosas ofrendas a los ídolos de mis pasiones.

Soy pronto a la charla sobre asuntos frívolos y cosas que desagradan al espíritu; eso me da placer. Pero cuando se trata de la consideración de Dios, todo es aridez, fastidio e indolencia. Aun cuando sea llevado sin querer por otros hacia una conversación espiritual, rápidamente intento cambiar el tema por otro que dé satisfacción a mis deseos. Tengo una curiosidad incansable por las novedades, sean acontecimientos ciudadanos o asuntos políticos.

Busco con ahínco la satisfacción de mi amor por el conocimiento en la ciencia y en el arte, y en la manera de obtener cosas que quiero poseer. Pero el estudio de la Ley de Dios, el conocimiento de Dios y de la religión, no me causan efecto, y no sacian ningún apetito de mi alma. Veo estas cosas no sólo como una ocupación no esencial para un cristiano, sino ocasionalmente como una especie de cuestión secundaria en que ocupar quizá el ocio, en ratos perdidos.

Para resumir: si el amor a Dios se reconoce por la observancia de sus mandamientos («*Si me amáis, cumpliréis mis mandamientos*», dice Nuestro Señor Jesucristo), y yo no sólo no los guardo sino que incluso lo procuro poco, se concluye verdaderamente que no amo a Dios. Esto es lo que dice San Basilio Magno:

«La prueba de que un hombre no ama a Dios y a su Cristo está en el hecho de que no guarda sus mandamientos».

2º No amo tampoco a mi prójimo.

Puesto que no sólo soy incapaz de decidirme a entregar mi vida por él (conforme a lo que dice el Evangelio), sino que ni siquiera sacrifico mi felicidad, mi bienestar y mi paz por el bien de mis semejantes.

Si lo amase tanto como a mí mismo, como manda el Evangelio, sus infortunios me afligirían a mí también, e igualmente me deleitaría con su felicidad. Pero, por el contrario, presto oídos a extrañas e infortunadas historias sobre mi prójimo, y no siento pena; me quedo imperturbable o, lo que es peor, encuentro en ello un cierto placer.

No sólo no cubro con amor la mala conducta de mi hermano, sino que la proclamo abiertamente con censura.

Su bienestar, su honor y su felicidad no me causan placer como si fueran míos, y, al igual que si se tratase de algo absolutamente ajeno a mí, no me proporcionan ningún sentimiento de dicha. Lo que es más, todo eso despierta en mí, de forma sutil, sentimientos de envidia o de menosprecio.

3º No tengo fe.

Ni en la inmortalidad ni en el Evangelio.

Si estuviera firmemente persuadido y creyese sin ninguna duda que más allá de la tumba se encuentra la vida eterna y la recompensa por las acciones de esta vida, pensaría en ello continuamente. La idea misma de la inmortalidad me aterraría, y haría que me condujese en esta vida como un extranjero que se dispone a penetrar en su tierra natal.

Por el contrario, ni siquiera pienso en la eternidad, y veo el fin de esta vida terrena como el límite de mi existencia. Y esta secreta idea anida en mi interior: «¿*Quién sabe lo que ocurre después de la muerte?*». Si digo que creo en la inmortalidad, hablo entonces sólo por mi entendimiento, pues mi corazón está muy

lejos de tener sobre ello una firme convicción. Esto lo atestiguan abiertamente mi conducta y mi continua solicitud en dar satisfacción a la vida de los sentidos.

Si mi corazón acogiese con fe el santo Evangelio como la palabra de Dios, estaría ocupado continuamente con él, lo estudiaría, hallaría deleite en él y pondría mi atención en él con toda devoción. En él se ocultan la sabiduría, la clemencia y el amor; él me llevaría a la felicidad, y yo encontraría gran gozo en estudiar la ley de Dios día y noche. En él hallaría yo alimento, como mi pan cotidiano, y mi corazón se sentiría movido a guardar sus leyes. Nada en el mundo sería lo bastante fuerte como para apartarme de él.

Por el contrario, si de vez en cuando leo o escucho la palabra de Dios, es tan sólo por necesidad o por un interés general por el saber; y al no prestarle una atención minuciosa, la encuentro sosa y sin ningún interés. Por lo general, llego al término de la lectura sin sacar ningún provecho, y dispuesto a cambiar a una lectura mundana, en la que obtengo mayor placer y encuentro temas nuevos e interesantes.

4º Estoy lleno de orgullo y de sensual amor por mí mismo.

Todas mis acciones lo confirman.

Viendo algo bueno de mí mismo, quiero mostrarlo o enorgullecerme de ello ante otra gente, o admirarme yo mismo interiormente por ello.

Si bien revelo una humildad exterior, la atribuyo por entero a mis propias fuerzas, y me considero superior a los demás, o por lo menos no peor que ellos.

Si yo observo en mí una falta, trato de excusarla, y la disimulo diciendo: «*Estoy hecho así*» o «*la culpa no es mía*».

Me enfurezco con los que no me tratan con respeto, y los considero incapaces de apreciar la valía de las personas.

Voy jactándome de mis dotes, y tomo como un insulto personal mis tropiezos en cualquier empresa.

Murmuro, y encuentro placer en el infortunio de mis enemigos.

Si me empeño por algo bueno es sólo con el propósito de ganar admiración, o autocomplacencia espiritual, o consuelo mundano.

En una palabra: hago de mí continuamente un ídolo y le presto servicios sin interrupción, buscando en todo el placer de los sentidos y el sustento para mis pasiones sensuales y mis apetitos.

Examinando todo esto, me veo arrogante, falso, incrédulo, sin amor a Dios y con odio hacia mis semejantes. ¿Qué condición podría ser más culpable? La de los espíritus de las tinieblas es mejor que la mía. Ellos, aunque no aman a Dios, odian a los hombres y viven de orgullo, por lo menos creen y tiemblan. Pero en cuanto a mí, ¿puede haber una condena más terrible que la que me espera? ¿Y qué